CONSIDERACIONES SOCIOCULTURALES ACERCA DEL 98 TRADUCIDO Y EL 98 TRADUCTOR

MIGUEL Á. VEGA CERNUDA

Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores

1. UNA APELACIÓN O LA NECESIDAD DE UNA TRADUCTOLOGÍA SOCIOLÓGICA

En foros como el que aquí nos congrega es costumbre más que inveterada proyectar sobre la traducción una visión informativa y descriptiva, rara vez la apelativa. Se habla sobre la traducción desde la traducción y para la traducción; se comenta, se describe, pero no se subordina. Se fijan y analizan los momentos del proceso (decorticación, reverbalización, etc.), se discuten les técnicas del mismo (modulación, ampliación, etc.) y se enjuician incluso los resultados (ordinariamente en sentido negativo) sin salirse de la "órbita de rotación" de la disciplina. Son numerosas y prolijas las exposiciones descriptivas con las que en este tipo de congresos se intenta *modelar, orientar* y *reglar* la traducción, que normalmente, en cuanto objeto de investigación, se concibe *in fieri*, no *in facto esse*. La "traducción en cuanto proceso" es, desgraciadamente, el objeto mayoritario de las exposiciones académicas acerca de la traducción que, tal vez por el prestigio que conlleva el uso de un metalenguaje un tanto críptico, ven en los análisis y descripciones lingüísticos y/o traductológicos una mayor garantía de consideración por parte del público asistente o lector.

Pero la traducción tiene además una "órbita de traslación", aquella que describe alrededor de la realidad general humana y, más en concreto, alrededor de la comunicación. De nada servirán todas esas operaciones mentales que describen el "deber ser de la traducción", si ésta efectivamente no "llega a ser". Sólo la consideración histórica es capaz de conferir a la estéril investigación teórica la fecundidad de lo vivo; sólo la encarnación sociológica —quizás habría que decir social— de la idea permite su contraste veritativo. Por eso, el punto de vista que he adoptado para las presentes reflexiones acerca del *98 y la traducción* es el pragmático y sociológico de la traductografía.

Con esta intención de contrastar el ser —realmente existente— de la "comunicación de los pueblos y las lenguas" con su "lógica interna" hago llegar a ustedes estas reflexiones que, siendo de carácter historiográfico, escogen lo sociológico como perspectiva peculiar, no lo crítico. Culturalmente de nada nos servirá decir cómo debe —"perspectiva procesual"— o debió ser —"perspectiva histórico-crítica"— la traducción, si no llevamos al público, al crítico, al teórico la idea, al menos, de que (¡sin acento en la *e*!) debe ser —"perspectiva histórico-social". A pesar de los "delitos de la traducción", que al parecer se cometen por el mero hecho de querer realizarla, hora es de ya de ponerse a valorar la "comisión", aunque sea delictiva, más que la "omisión" —crítica o autocrítica— que calla sin otorgar nada. También el traductor puede exclamar con el personaje de Calderón "¿qué

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

delito cometí contra vosotros... traduciendo? Hora es, pues, de que estos foros sirvan también de conciencia cultural de la sociedad, no sólo de sanedrín cabalístico. Hora es de plantearse los estudios de la traducción desde una perspectiva social. Posiblemente sea correcto lo sucedido: el que, como en el caso de la lingüística, donde tuvimos que esperar a que desarrollara primero el sistema interno para posteriormente proyectar sobre ella teorías más utilitarias como la socio-lingüística, hayamos esperado el desarrollo del sistema interno de los estudios de la traducción para poner sobre el tapete de la discusión científica la función antropológica de la traducción. Es decir, su sociología. Pero es hora ya de cerrar el capítulo descriptivo. Porque, se traduzca bien o mal, el producto de la actividad translativa tiene una efectividad social y cultural: el texto terminal se lee, crea imagen, modifica conductas y en el mejor de los casos, ¿como no?, se vende. Bien está la reflexión sobre la calidad de la traducción, pero sin descuidar la reflexión sobre su eficacia. Mucho se podría decir, por ejemplo, acerca de la calidad de las traducciones al alemán de García Lorca realizadas por Beck. A pesar de ello, el autor granadino forma parte, en el sistema cultural alemán, de los grandes escritores de la humanidad. Y esto, gracias a su traductor.

Dicho esto, permítanme que continúe estas consideraciones con unas anotaciones que, aunque de carácter tan general que casi podrían tenerse por perogrulladas, conviene recordar.

2. EL VALOR DIAGNÓSTICO DE LA TRADUCCIÓN Y LA TRADUCCIÓN COMO PRODUCTORA DE IMÁGENES CULTURALES

Va dedicada la primera a la calidad diagnóstica de la traducción: esta, junto a la producción literaria y la creatividad artística propias, es sin duda uno de los síntomas culturales más importantes de la salud y el estado espirituales de un pueblo. Así, por ejemplo, el hecho de que España sea hoy en día uno de los países más traductores hay que valorarlo como síntoma de una apertura cultural que no se puede negar ni al editor que se arriesga, ni al paciente traductor que acepta el reto, ni al público que —en principio—, recibe con interés lo extraño. Gracias a ellos, al editor audaz, al doliente traductor y a un público enormemente receptivo, van quedando atrás aquellas actitudes sociales que, traduciendo culturalmente el célebre "como España no ha habido ni habrá", abogaban por la cerrazón defensiva frente a lo extranjero como elemento atentatorio contra la integridad de la propia visión del mundo. El ostracismo científico al que nos condenó la prohibición de salida al exterior, es buen ejemplo del estado que puede producirse en el espíritu de un país cuando éste ni siquiera a través de la traducción mantiene la comunicación espiritual con su entorno.

Por otra parte, es un hecho de experiencia que las artes tienen una enorme efectividad en la creación de imágenes y conciencias culturales. El Quijote, el Guernica o la Carmen, por ejemplo, son señas de identidad de grupos y colectivos más o menos amplios, bien sean nacionales o regionales. La validez general de esas imágenes y mitos es la que hace que un conjunto humano se más o menos universal, provoque o suscite mayor o menor simpatía, tenga mayor o menor grado de capacidad de comunicación. Frecuentemente, la batalla de la opinión pública de un país se gana, o se pierde, en el campo de la cultura. La

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

imagen de un país internacionalmente prestigioso va acompañada de una imagen cultural positiva. Gran parte de la evidente simpatía de que goza Francia se funda en la internacionalidad de sus aportaciones culturales. Stendhal, Debussy o Renoir, han sido tan buenos propagandistas de la cosmovisión francesa como sus más o menos afortunados políticos Jaurés, Clemenceau, de Gaulle o Mitterrand.

En este sentido es innegable que nuestra nación ha padecido una imagen internacional marcada por la negatividad y la antipatía —la cual, sin duda, revierte sobre cada uno de los individuos o miembros de la sociedad española— debido no solo a nuestros errores históricos —que, por supuesto, han sido muchos—, sino también al déficit de conocimiento de la realidad española por parte de la opinión pública del mundo civilizado. La imagen internacional de un país depende de las obras, los mitos o, incluso, los productos de la *cultura materiale* que una país acierta a colocar bien en la imaginería social, bien en las costumbres universales, bien en la *Weltliteratur*. Si a la negatividad del "español tipo" creado por una d'Aulnoy o un Schiller hubiéramos sabido oponer las figuras llenas de ingenio y validez universales de nuestra cultura, nuestro país se habría beneficiado de una simpatía, incluso política, que nos habría hecho más fácil nuestro recorrido europeo.

Sin embargo, a diferencia de las artes abstractas y plásticas, artes de código universal el arte de la palabra tiene limitado su campo de actuación inmediata al grupo humano que se comunica en el código lingüístico en el que se formula. De ahí que la literatura, para universalizarse, dependa intrínsecamente de la traducción. Y es aquí donde estriba uno de nuestros déficits culturales: en la carencia de la traducción. De ahí derivan los desfases entre la imagen pública que muchos autores tienen en nuestro país y su proyección hacia la literatura universal. A estas alturas de nuestra incorporación integral a Europa, serían incontables los europeos del gremio de la cultura - críticos literarios, editores, lectores cultos- para los que los nombres, no ya de Guimerá o Gabriel y Galán, sino de Machado o Valle-Inclán suponen una interrogación absoluta. F. Vogelgsang, traductor de las *Soledades* de Machado en una extraordinaria edición bilingüe, advierte, por ejemplo, el desfase que existe entre la recepción machadiana en Alemania y lo que representa para el pueblo español el sevillano de Soria: "para muchos españoles, Machado, todavía casi desconocido en nuestro país, pasa como el lírico más importante de este siglo". Y es que una obra de arte literaria sólo a través de la traducción se hace obra de arte universal. En ocasiones se ha dicho que una lengua no es tal hasta que no tiene traducciones. Pues bien, tampoco una literatura entra a formar parte de la literatura mundial hasta que no se la traduce.

3. CONCEPTO Y VALIDEZ DEL 98

Vaya dedicada la última de mis anotaciones a ponderar la categoría cultural que en nuestra historia espiritual ocupa la llamada Generación del 98. De antiguo, desde los primeros momentos en que empezó a circular este concepto, se discutieron los límites y amplitudes del término. El profesor Juretschke, ya hace años, planteaba las diversas lecturas del término. En todo caso, el planteamiento de "quién sí, quién no", se podría solucionar con el doblete terminológico —en mi opinión de gran clarividencia— creado por Sobejano: Generación del 98/ Generación de 1898. En este sentido debería reformularse para incluir en el 98 autores, pongo por caso, como Ganivet, Ortega, Juan Ramón,

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

Marquina o Benavente. No voy a entrar a discutir este motivo de la investigación literaria, pero sí quiero proponer al respecto que nuestra "historiografía cultural" extendiera, en aras de la comprensibilidad conceptual, el contenido semántico del término Generación del 98, para que, como una especie de designación hiperónimica, englobara todos esos fenómenos culturales —filosóficos, políticos y estéticos— que tienen su origen en el fermento ilustrado que en la vida pública española aparece con la irrupción del pensamiento humanista del krausismo. Si como núcleo conceptual y centro de gravedad vivencial de este complejo estado de espíritu finisecular se fija la relación de España con el entorno europeo, creo que es imposible separar del término Generación del 98 el krausismo, la Institución Libre de la Enseñanza, el modernismo, etc. En este sentido, el 98 es sólo arquetipo de un estado de cultura que podemos llamar "fin de siglo". A pesar de la opinión del Prof. Indurain —sea esnobismo, *boutade* o fruto de la más sesuda de las reflexiones—, que niega la existencia de la Generación del 98, creo que el término "Generación del 98" debe mantenerse y considerarse en sentido amplio admitiendo bajo ese epígrafe autores que, no siendo ni siquiera *coevals* o coetáneos de los noventayochistas estrictos, están en sintonía de planteamientos, soluciones o preocupaciones. A este criterio amplio parece aludir, por ejemplo, Paulino Garragorri cuando, al editar las obras de Ortega, pone una serie de glosas y perfiles biográficos bajo el título de *Ensayos sobre le Generación del 98,*[1] en los que incluye a Giner de los Ríos, a Joaquín Costa o a Gabriel Miró...

Desde esta perspectiva lata, el movimiento noventayochista —es decir, la escritura de los miembros pertenecientes a la Generación o al grupo modernista, en unión de esos otros episodios culturales aledaños del 98— se nos presenta como la época de mayor creatividad cultural en la España moderna, impulsora y renovadora de una vida espiritual anclada en un pasado glorioso pero anacrónico. El potencial de recepción pasiva —basado en la internacionalidad y modernidad de sus planteamientos y soluciones— que tiene nuestro 98 le confiere una trascendencia historiográfica y crítica, si no equivalente, sí muy pareja a la de nuestro Siglo de Oro. La valencia universal de figuras como Unamuno, Giner de los Ríos, Ortega o Valle-Inclán les coloca, en cuanto fenómenos de cultura, a la altura de cualquiera de las figuras de nuestro Siglo de Oro. El reciente libro de Trapiello, *Los nietos del Cid,*[2] afirma también el carácter áureo de esa literatura, si bien con una limitación cronológica excesiva para que pueda hablarse de "siglo", ya que pone las fronteras temporales entre 1898 y 1914. En conjunto, la Institución Libre de la Enseñanza, la Generación del 98 y la posterior del 27 son el episodio de mayor transcendencia universal de nuestra reciente historia cultural. La nueva versión de un libro ya clásico, el de Jiménez Landi,[3] hace poco desaparecido y Premio Nacional de Historia, pone de manifiesto lo que aquí se dice: la validez de los planteamientos y soluciones que este segundo siglo de oro ha tenido.

[1] Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1989.

[2] Andrés Trapiello: *Los nietos del Cid. La nueva Edad de Oro de la Literatura Española. 1898-1914,* Barcelona, Planeta, 1997.

[3] Antonio Jiménez Landi: *La institución Libre de la Enseñanza y su ambiente,* 4 vols., Madrid, Complutense, 1996.

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

4. EL 98 Y LA TRADUCCIÓN

Cuando, al final del pasado siglo, se produce el desastre de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, la sociedad española parece haber superado la introversión típica de la que había adolecido durante la primera mitad del siglo XIX, producto de las luchas intestinas entre absolutistas y constitucionalistas, liberales y conservadores, entre carlistas e isabelinos, entre republicanos y monárquicos. Sólo el breve respiro del trienio liberal había aportado culturalmente nueva sabia intelectual, y de ello son buen testimonio la aparición durante esa época del pensamiento ilustrado de Rousseau,[4] de Holbach[5] o Locke[6] en el panorama editorial. Hasta el último tercio del siglo, el restauracionismo político, así como el romanticismo retrasado y el costumbrismo conservador anclan la conciencia nacional en unos planteamientos vitales y sociales pertenecientes al pasado. Sin embargo, la España alrededor del 98 coge vuelos más universales gracias a una serie compleja de factores. La llegada de insignes viajeros europeos a lo largo del siglo y alrededor del fin de siglo —Humboldt, Irving, Gautier, Dumas, el archiduque Ludwig Salvator, Schack, Nordau, Bahr, Rilke— deja de mostrar la timidez de siglos anteriores y va descubriendo ante propios y extraños las miserias y esplendores de esa cultura cerrada en sí misma —bandolerismo, ignorancia, Inquisición, desidia arqueológica ante un patrimonio increíble, nobleza de espíritu, etc.—, al tiempo que ponen de moda la peculiaridad hispana en el contexto europeo. A este respecto, el descubrimiento que Maier-Graeffe hace de la pintura de El Greco es paradigmático. Las oleadas del exilio español —primero la de los liberales como Blanco White o Durán, después la de los carlistas como Cabrera; más tarde la de los republicanos y liberales como Sagasta o Salmerón o, incluso la de la familia real—, el intento de afincamiento de los Saboya, las relaciones literarias y científicas internacionales que se establecen —las de Wolf y Hartzenbusch, p. ej.— y finalmente la afición viajera y la curiosidad intelectual que van despertando a lo largo del siglo en nuestros nacionales —Sanz del Río, Cossío, Giner, Valera, Ganivet, Pérez Galdós—, han tenido que poner en contacto las fuerzas vivas del país con una *intelligentsia* europea muy alejada de los planteamiento clásicos nacionales. Hechos más o menos aleatorios como la amistad de Nicolás Salmerón con Max Nordau o la educación de Alfonso XII en Inglaterra y su estancia en Viena, así como la regencia de una archiduquesa austríaca debieron desempeñar una papel importante en la dinamización internacional de ciertos círculos políticos e intelectuales y consiguientemente deberían tener una mayor importancia a la hora de hacer exégesis de esta época, a todas luces complejísima. En todo caso, esa extroversión va creando una nueva conciencia de la relación a la propia historia y al ser nacional.

El supuesto detonante de ese grisú ideológico concentrado a lo largo de la segunda mitad de siglo en la atmósfera nacional —la Guerra de Cuba— provoca una deflagración ideológica y espiritual en la que, como digo, participan muchas personalidades que deberían acogerse bajo ese concepto epónimo de todo un estado de espíritu finisecular.

Pues bien, es chocante la coincidencia de esta dinamización cultural con la furia traductiva que invade la segunda parte del XIX español, lo que induce a pensar en la dependencia de ambos fenómenos: traducción y renovación cultural. Cabe, pues, plantearse en

[4] En las numerosas traducciones del abate Marchena: *Emilio, La nueva Eloísa*, etc.

[5] *Historia Crítica de Jesu-Cristo*, Madrid, 1821.

[6] Tratado del Gobierno Civil, Madrid, 1821.

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

qué medida ha contribuido la traducción a esa renovación. La solución de esta cuestión está sólo iniciada y el camino está por hacer. En ese ambiente de efervescencia del espíritu nacional, la traducción destaca como vehículo de importación de ideas y tendencias hasta entonces inéditas en España. Por muchos *Maines* que hubieran volado los americanos en el fondeadero cubano, el "fenómeno 98" no habría sido lo que fue si borrásemos del panorama español la enorme empresa traductora que a lo largo del siglo XIX va haciendo más europeo el espíritu nacional y va homologando la alimentación espiritual nacional a la europea. La timidez traductora de los siglos XVII y XVIII que rige la bibliografía hispana —véase, a título de prueba inicial pero suficiente, la *Biblioteca de traductores españoles* de Menéndez Pelayo[7]—, se ve sustituida por una pasión traductora cuyos hitos, que voy a repasar brevemente, demuestran esa labor de *aggiornamento* intelectual llevada a cabo por una pléyade de traductores que no reciben los honores de la historiografía. Así, por ejemplo, a principios de siglo ya se había traducido aquel manifiesto de ateísmo del joven Goethe que condenaba al suicidio al despechado Werther. La edición de traducciones españolas de obras descreídas o políticamente incorrectas realizadas en París, Londres o Nueva York en la primera parte del siglo XIX han tenido que impregnar, a pesar de todo, a la intelectualidad española que estuviera al margen de los intereses creados y que, poco a poco, va editando en el propio país lo más significativo de la cultura, vamos a llamarla, progresista. Voltaire experimenta la primera edición completa de sus obras en Valencia entre los años 92-94. En el ámbito de la imagen física del mundo, Darwin y su teoría de las especies habían hecho su aparición relativamente pronto en el panorama ideológico del país (Darwin, *Origen de las especies*, trad. Enrique Godínez, Madrid, Perojo, 1877; *La descendencia del hombre*, trad. de Perojo, Madrid, 1885). La presencia de Ernst Haeckel —otro de los adelantados de la visión inmanente del mundo natural— antes del 98 es significativa. Este defensor de la evolución venía a poner en entredicho los esquemas creacionistas de curso legal en la enseñanzas filosóficas y científicas de España. Hasta nuevos títulos —*Historia de la creación natural o doctrina científica de la evolución*, Madrid, 1878, trad. de Claudio Cuveiro; *La evolución y el transformismo*, Madrid, 1986, etc.— se registran de este filósofo-científico alemán alrededor de 1890. Por su parte, el apóstol de la muerte de Dios y padre de la modernidad hace pronto su aparición bibliográfica en nuestro país. El estudio de Sobejano acerca de la presencia de Nietzsche en España[8] destaca la importancia que el pensador alemán tuvo entre nosotros y especialmente la grave y profunda impronta que el solitario de Sils María ha dejado en los noventayochistas a través de las ediciones de una editorial que significativamente se llamaba *La España Moderna*. El trabajo de Rukser[9] sobre el mismo motivo confirma ampliamente el *statement* trazado por Sobejano. Ya en el 98/99, tanto Giner de los Ríos como Pío Baroja, se hacen eco de Nietzsche, si bien será a partir de la mención que de él hace el austrohúngaro Max Nordau, autor que al parecer Baroja conocía en versión francesa y no en la española, cuando se inicie una ola de traducciones nietzscheanas que han sido recogidas

[7] Efectivamente se comprobará cómo casi ninguno de todos los traductores allí recogidos destacan por la transgresión de los límites de la corrección doctrinal, política o confesional, limitándose a inofensivas ediciones de clásicos latinos, doctores de la iglesia o a traducciones de memoriales y relatos históricos más o menos inocuos.

[8] Gonzalo Sobejano: *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967.

[9] Udo Rukser: *Goethe en el mundo hispánico*, Madrid, FCE, 1977.

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

en la monografía de Sobejano. Éste demuestra cómo Maeztu, Baroja y Azorín revelan una dependencia manifiesta de las ideas e intuiciones de Nietzsche que en parte han bebido de las traducciones.

En el campo del pensamiento político hay que reseñar la aparición editorial del pensamiento anarquista y revolucionario: Kropotkin coloca pronto, en 1895, *Las memorias de un revolucionario*, en la traducción de Fermín Salvoechea, y Azorín, con su traducción del anarquista ruso, también colaboraría en esta naturalización del pensamiento revolucionario, mientras Max Stirner sería traducido a partir de 1900: *El único y su propiedad* aparecería, también en la meritoria editorial La España Moderna, en 1901. En este sentido quisiera hacer un apunte a mi querido maestro y profesor Hans Juretschke, en el sentido de que al final de siglo Madrid no se queda atrás en la tarea de naturalizar la cultura europea en España, al revés de lo que sucedió, como él ha demostrado, en la recepción del pensamiento romántico, que nos vino a través de Barcelona.

En el campo del *aggiornamento* científico se registra la aparición de manuales de las más diversas especialidades (medicina, ingeniería, economía, etc.): La *Fisiología Humana* del catedrático de Heidelberg Wundt es puesta a disposición de los estudiantes de medicina en 1883 por M. Carreras; Kocher ve traducido su *Tratado de operaciones*, en 1898, por Rafael del Valle; años más tarde, ya entrado el XX, Pablo González Muñoz traduce el *Manual de las operaciones oftalmológicas* de Haab, 1909, y el *Tratado de Oftalmología* del catedrático de Friburgo Theodor Axelberg en 1914. Augusto Pi y Suñer traducirá el tratado de *Terapéutica General* de J. Grasset, catedrático de Montpellier. El *Tratado de análisis química cuantitativa* del alemán Fresenius es vertido por Vicente Pest y Cervera en 1886, en Valencia. En el campo de la economía y sociología D. F. de Laiglesia vierte *Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI*, de Conrad Haebler, que aparece en Madrid en 1899, diez años después de su aparición en Berlín. La *Historia de la economía política* de Kells sería traducida por Unamuno en sus años estudiantiles y publicado en 1895 en Madrid (La España Moderna). Igualmente Unamuno traduciría la *Historia de la literatura castellana y portuguesa* del austríaco Ferdinand Wolf (La España Moderna, 1895). El profeta de la hidroterapia, el abate alemán Kneipp, ve vertida al español en 1892 su *Mi cura del agua* en Madrid.

En el pensamiento, el idealismo alemán ha fluido a chorros hacia nuestros reservorios de reflexión, aunque no hacia las universidades —a las que tardará en llegar—, gracias a la traducción. Kant colocaba en 1876 su *Crítica de la razón pura, los Fundamentos de la metafísica de las costumbres* y la *Crítica del juicio* gracias a la traducción de García Moreno, en Madrid. Zozaya reincidiría en Kant diez años después con el mismo título mientras José Perojo, en 1883, había traducido la *Crítica de la razón pura* precedida del estudio de Kuno Fischer (Madrid). Hegel ha sido naturalizado relativamente pronto en España por obra y gracia de una tímida izquierda hegeliana: con *La filosofía del Derecho* de Benítez de Lugo, 1878, o la *Filosofía del espíritu,* de 1907, sus traductores abrían brecha en la filosofía escolástica entonces al uso. Con este sentido de renovación de la reflexión y de la imagen del mundo, Giner de los Ríos traducía en Madrid, 1908, la *Estética* del pensador de Stuttgart. Rousseau, lejanas ya las traducciones del abate Marchena y Mor de Fuentes que habían hecho furor en los primeros decenios del siglo, experimenta una nueva ola de reediciones y traducciones: el *Emilio* de Marchena se reimprime en el 70 y en el 72, y aparece en la nueva versión de Ricardo Viñas (París,

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

1896); *La desigualdad entre los hombres*, de López Lapuya (Madrid, 1886); *Las confesiones* de Lorenzo Olivares (Barcelona, 1870), y un largo etcétera. El pensamiento político liberal hacía su entrada de la mano de Stuart Mill: *El gobierno representativo,* traducido por Ciro García del Mazo (Sevilla, 1879), y *La Libertad,* traducida por Lorenzo Benito (Madrid, 1890). El prototipo de pensador heterodoxo, Spinoza, veía traducidas sus obras el año 1878 gracias a Emilio Reus y Bahamonde, que las daba a la luz pública en Madrid, en la Editorial Perojo. Sin embargo, todas estas realizaciones se quedan pequeñas ante la importancia que tendría una traducción hecha a mediados de siglo por un becario soriano en Heidelberg: el manual de pensamiento humanista de un pensador alemán desconocido servirá de breviario a una generación que veía en la precisión y seriedad germánicas un correctivo al indisciplinado carácter nacional, anclado en la picaresca y la desidia. El *Ideal de humanidad* de Krause, traducido por Sanz del Río, veía la luz pública en 1860 en Madrid y once años más tarde experimentaría una edición posterior. Otras traducciones del desconocido filósofo alemán realizadas por Sanz del Río serían *Los mandamientos de la humanidad* (sin fecha) y *Sistema de la filosofía*, 1860, reeditado en 1880, Madrid. Todas ellas junto con el *Compendio de estética,* traducido por Francisco Giner (Sevilla, 1874) serían fundamentales en todo el ambiente de renovación espiritual previo al 98.

En el aspecto literario, el siglo XIX ha estado al tanto de lo que se cocinaba en las literaturas europeas, bien fuera Sue, Scribe, Dumas, Coleridge, Pushkin o Scott. Incluso se recuperaban para el castellano ocasiones perdidas de otras época, tales como *La Mesíada* de Klopstock que sufriría —nunca mejor dicho— dos ediciones (en 1842 y en 1860) o muchas obras de Goldoni.[10] Pero es sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo cuando las traducciones de Zola, Heine (*Intermezzo*, Madrid, 1887; *Poemas y fantasías*, trad. José J. Herrero, 1883; *Libros de los Cantares*, trad. Teodoro Llorente, 1885), Wilde (*Salomé*, trad. Pérez Jorba y B. Rodríguez, Madrid, 1902), Dostoievski (*La casa de los muertos*, Madrid 1887), Dumas *(El amigo de las mujeres*, 1892), Tolstoi (*Anna Karenina*, trad. de Leopoldo de Verneuil, Barcelona 1888), Wagner, traducido por el germanófobo Blasco Ibáñez (*Novelas y pensamientos*, Valencia, 1890), Baudelaire (cuyas *Flores del mal*, traducirá Marquina), Strindberg, Ibsen, o Tolstoi, van sintonizando los gustos del público español y posiblemente la escritura de nuestros autores (Pardo Bazán, Pérez Galdós, etc.) con el espíritu general europeo. El escritor sueco aparecería por primera vez en 1902 en catalán *(L'inspecter Axel Borg)* y posteriormente *La señorita Julia* en Barcelona. El noruego, por su parte, se traduce por primera vez al catalán en 1894 (*Espectros*, por Pompeu Fabra) y alrededor de 1900 hay ya una auténtica inflación de sus obras en español. Kipling colocará ya 1904 *El libro de las tierras vírgenes* en el mercado nacional. Huelga decir que la mayoría de ellas son traducciones mediadas, es decir, realizadas a través del francés o el inglés. Por su parte, los libros de Rukser y de Pageard acerca de la presencia de Goethe demuestran la gran recepción que el clásico alemán tuvo a lo largo del XIX en España, recepción que vino acompañada de la de Schiller, Hoffmann y Heine.

Sin embargo, hay que decir que en ese afán traductor que renueva la dieta espiritual del país los miembros de la Generación han participado en escasa medida. Bien es verdad que a lo largo del XIX, el deficiente interés por los idiomas extranjeros había hecho depender a nuestros intelectuales de referencias literarias y de un conocimiento literario mediato

[10] Ver al respecto la tesis doctoral de Víctor Pagán: *La recepción del teatro de Carlo Goldoni en España,* Madrid, Complutense, 1997.

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

empequeñeciendo a menudo la talla y envergadura de sus propósitos. No ha sido ésta la tónica de los intelectuales y escritores *planetas* y *satélites* del 98: el Pérez Galdós encantado por la brillantez de la cultura francesa de la II República; el Ganivet diplomático en los lejanos y entonces más alejados países bálticos; el Unamuno traductor que aprende el danés para mejor interpretar el pensamiento kierkegaardiano; el Ortega estudiante en la Alemania weimariana; el Antonio Machado jardinero en el huerto de la poesía ronsardiana y empleado de la casa Garnier; Alberto Insúa y Blasco Ibáñez exquisitos disfrutadores de la *belle époque* francesa... todos ellos son buenos testimonios de esa proyección personal hacia lo extraño y extranjero a través del conocimiento lingüístico típico de esta época que, sin embargo, no se materializó en un interés de proselitismo traductor. Al contrario que en otros países, donde el conocimiento lingüístico de los autores ha cuajado en una actividad de traducción importante —Goethe, Nerval—, en España la traducción ha sido considerada una actividad intelectualmente secundaria. Si exceptuamos a Unamuno, traductor del inglés (Carlyle, Hunter, Spencer), y al alemán (Schopenhauer, Wolf); Azorín, traductor de Kropotkin y de Maeterlinck; Marquina, traductor de Baudelaire, y Valle-Inclán, traductor de Eça de Queiroz, no hay grandes nombres de esa pléyade de autores que registren su nombre en el catálogo de traductores. Las traducciones de Unamuno son lo más entitativo al respecto y en todo caso, los grandes traductores son Perojo, Llorente, pero no los noventayochistas ¿Por qué ellos, los preocupados por la proyección de lo propio hacia lo extraño o, a la inversa, de lo exterior sobre lo propio, no se preocuparon de la traducción? Quede ahí esa pregunta que habrá que responder desde una perspectiva múltiple, pero a la que aventuro una con causa: el concepto de traducción como *ancilla letteraturae*. Es ésta una actividad que en nuestras representaciones profesionales y culturales sólo ha desempeñado, paradójicamente, una función lucrativa, *pro panem lucrando*. Mientras que en otras literaturas los autores sujetos a la misma la han considerado un género propio que no desdeñaban, entre nosotros ha sido una actividad a la que se acudía por necesidad vital.

Es innegable que nuestros noventayochistas, muchos de ellos políglotas, no prestaron gran atención al ejercicio de la traducción que casi todos habrían podido realizar. Sin embargo, cierto es que alrededor de 1898 y ya antes se ha producido una febril actividad traductora que naturaliza en España la cultura europea, una actividad con la que hay que contar a la hora de hacer la exégesis completa del 98. La tarea está por hacer.

5. EL 98 TRADUCIDO O EL TRISTE SINO DE LOS NIETOS DEL CID

Antes hemos mencionado el potencial de recepción pasiva de nuestro 98. Sin embargo, la realidad o realización de la recepción internacional está en proporción inversa a su importancia nacional. A este respecto podemos decir que la presencia de nuestros prohombres del 98 en el panorama intelectual europeo es hoy en día desalentadora. Todo ese *elan* hispanista que sacudió Europa durante el XIX y la primera mitad del XX de mano de un Wolf, un Curtius, un Farinelli, un Ticknor, un Bataillon,[11] un Schack, un Pfandl, un Th.

[11] Su labor de crítico de la cultura española ha encubierto en parte su actividad como traductor del español, en concreto de Unamuno.

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

Walsh con su *Hispanique Anthologie,* un Foulché-Delbosc[12], un Vossler, un Vézinet, que dio lugar a esa serie de revistas hispánicas que todavía hoy son hitos de la investigación filológica —el *Bulletin hispanique, Bulletin of Spanish Literature* o las *Spanische Forschungen der Goerres Gesellschaft*— y a sociedades como la *Hispanic Society* o las *Iberoamerikanische Gesellschaft* de Berlín y Hamburgo (uno de cuyos últimos mohicanos es H. Juretschke) ha desaparecido de la Europa que se ocupaba de España como una de sus más importantes referencias culturales. Pero todo eso parece haber sido un fenómeno evanescente. Situándome en la actualidad y en el plano de la recepción "socialmente efectiva" —la de los accesos disponibles que el público general y estudiantil puedan tener a la cultural literaria española a través de los libros, traducidos o no—, voy a limitarme a aportar algunos datos que apoyen esta mi percepción de la escasa recepción actual de nuestro 98 y, en general, de nuestra cultura. Los botones de muestra que aduzco, si no como prueba, sí como insinuación, los recojo fundamentalmente del mundo germánico que es el que profesionalmente más me afecta. Así, por ejemplo, la bibliografía que aduce Briesenmeister en su trabajo *Deutsche Übersetzungen aus dem Spanischen seit 1945*[13] al igual que la que recoge Siebemann[14] descorazonan un poco por lo que respecta a los fondos hispánicos del editorialismo alemán, sobre todo en lo referido a la Generación del 98, concepto que, por ejemplo, en el reciente libro de Wittschier *Die Spanische Literatur*[15] ni siquiera se recoge como epígrafe estructurador. El mencionado Briesenmeister propone la fecha de 1958 como la del descubrimiento de la literatura española en Alemania. Pero parece haberse tratado sólo de un mero descubrimiento y no de una conquista. Por lo que se refiere, en general, a la recepción de la literatura española, la apatía y la despreocupación han sido tónica general. Hace 150 años, por ejemplo, el *Rheinisches Conversationslexicon* (1831, 12 tomos) no registraba los nombres de Góngora, Moreto o Alarcón, por limitarnos a tres grandes de la literatura española. *El Handlexicon oder Kurzgefaßtes Wörterbuch,* editado por Gottsched un siglo antes, no recogía ni a Quevedo ni a Cervantes, mientras dedicaba extensos artículos a Racine o a Corneille. En especial, por lo que se refiere a la recepción del 98, Juretschke ha constatado que se trata más de una recepción crítica que social.

El catálogo alemán de libros a la venta (*Verzeichnis Lieferbarer Bücher)* registra un elenco paupérrimo de títulos noventayochistas: Un título segundo y secundario de Azorín *In spanischen Gärten,* 32 páginas facsímiles editadas en la editorial Heliópolis, es lo único que actualmente se vende en Alemania del autor de *Castilla.* Maeztu y Ganivet son totalmente desconocidos. Clarín sólo desde hace poco está representado con *Die Präsidentin* (La Regenta). Valle-Inclán registra seis títulos (*Adega, Barbarische Komödien, Karlistenkrieg, Karneval der Kriege, Sommersonatte, Wunderworte, Glanz de Boheme*) y Unamuno siete (*Das Martyrium von San Manuel* [también editado con el título de *San Manuel Bueno Märtyrer*], *Kanarische Bilder, Nebel, Neue Welt, Plädoyer des Müßiggangs, Selbstgespräche und Konversationen*). Pío Baroja coloca su *Shanti Andia (der Ruhelose)* como único representante de su labor novelística. Machado sale mejor parado

[12] *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal,* Paris, 1896.

[13] En *Übersetzungen und ihre Geschichte. Beiträge der romanistischen Forschung,* Tubinga, 1994.

[14] *Bibliographie der aus dem Spanischen, Portugiesischen und Katalanischen ins Deutsche übersetzten Literatur 1945-1983,* Tubinga, 1985.

[15] *Die Spanische Literatur. Einführung und Studienführer,* Tubinga, 1993.

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

con sus *Soledades,* publicadas en alemán por el benemérito Fritz Vogelgsang, traductor también de Valle-Inclán. Las consultas del "fideindigno" *Index Translationum*, versión CD-Rom, y la de los fondos de las bibliotecas alemanas demuestran unas escasas existencias hispánicas. Si, por el contrario, consultamos los correspondientes catálogos españoles, comprobamos que en las ediciones de los últimos veinte años están presentes casi todos los autores alemanes de los movimientos literarios equivalentes: Rilke, Mann, Hauptmann, Sudermann, Holz, Hofmannsthal, Schnitzler, etc. Para mayor abundamiento, si consultamos el catálogo de la centenaria Reclam, comprobaremos que en el enorme elenco de autores alemanes y extranjeros, sólo hay incluido un autor español: Unamuno, con dos títulos. Triste representación.

En el transcurso de mis pesquisas he visitado las bibliotecas hispánicas de las facultades de Erlangen, Múnich, Viena, Leipzig y Heidelberg, amén de la *Deutsche Bibliothek* y la *Deutsche Bücherei.* Igualmente, a través de Internet he navegado hacia el *Karlsruher Virtueller Katalog*, un catálogo que incluye las existencias de casi todas las bibliotecas del *Sprachraum* alemán (Baden-Württenberg, Baviera, Deutsche Bibliothek, Austria), etc., y debo decir que el resultado es descorazonador para un español que quiera que el público extranjero juzgue nuestra realidad nacional con conocimiento de causa. Así, por ejemplo, si navegando a través de ese catálogo se pide el nombre de Ganivet, se comprobará que, por ejemplo, en el *Österreichischer Bibliothekenverbund* se dispone sólo de dos títulos de esta personalidad importante de nuestro psicograma nacional, ninguna de ellas traducidas: *Granada la bella* y *Hombres del Norte.* En ese mismo catálogo se encuentran 41 obras de Valle-Inclán y de ellas sólo 3 son traducciones (*Adega, Barbarische Komödien*, en la versión de Vogelgsang, y la *Frühlingssonatte*). El StoPAC (Stuttgarter ONLINE Katalog) incluye 15 títulos de Valle-Inclán, todos ellos originales, ninguno de ellos traducciones. El Catálogo de la Biblioteca del antiguo ducado de Baden (*Katalog der Badischen Landesbibliothek*) bajo el *Schlagwort* Machado sólo registra tres títulos traducidos.

Esta presencia discreta de las traducciones del 98, va acompañada de la escasa o, al menos, desigual disponibilidad de títulos originales, síntoma del desinterés que tiene el usuario alemán por nuestra literatura. La escasez de traducciones no se ve muy superada por el número de títulos originales que no están muy disponibles. Una universidad bávara de rancio abolengo hispanófilo no tiene en su fondo del departamento de español ningún libro de Azorín o Unamuno. Del alicantino, en el fondo bibliográfico de esa universidad sólo existe un título de Azorín a disposición de los usuarios. En la Biblioteca de un instituto de traductores de otra muy célebre universidad se pone a disposición del público a Benavente, Donoso Cortés y Pío Baroja, pero no existe nada de Unamuno o Machado. ¿Será justa y exacta la imagen que un estudiante alemán medianamente interesado en nuestra cultura obtenga de la literatura y el pensamiento españoles si tiene como base de su conocimiento un fondo con semejantes lagunas? En la *Deutsche Bücherei* de Leipzig consulto bajo *"Übersetzung spanischer Werke"* y compruebo que el número de entradas es descorazonadora: una veintena de nombres —Julio Caro Baroja, Madariaga, Salinas, Arrabal, Díaz Plaja, Dolores Ibarruri, Semprún, Tamames, Juan Venet, Dámaso Alonso, amen de Guevara, Las Casas y Ortega. Incluso figura un insigne logro de la ciencia española: *Manual del arte de fumar en pipa,* que, al parecer, tuvo muchas ediciones. Al parecer, otra de las grandes aportaciones que, junto a las patatas, ha hecho España a la cultura alemana.

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

Y en Italia, Francia o Inglaterra la situación no es mucho mejor. En Italia, espiritualmente más vecina a nosotros, las ediciones y traducciones machadianas del recientemente fallecido Oreste Macrí (*Poesie di Antonio Machado.* Milán, 1959, reed. en el 62 y 69; *Prose di Antonio Machado*, Roma 1968) son un oasis en el desierto de la afición hispánica de los italianos, que ni los esfuerzos de Bertini, Milanese, Laurenti, Paoli y más recientemente Profetti, Calderone o Gambini han podido hacer fructificar la afición literaria italiana en una línea de interés por lo español. El libro de Ezio Levi *La poesia spagnola contemporanea,* de 1932, no tuvo continuidad. Hoy en día, los *tascabili* italianos sólo conocen a Machado: *Poesie. Soledades. Campos de Castilla* en traducción de Claudio Rendina. De los 400 títulos de la colección de *Grandi tascabili Newton*, solo hay cuatro títulos hispanos: tres de García Lorca y el anteriormente mencionado de Machado. Bien es verdad que la recepción crítica es algo más halagüeña que la recepción primaria. Los trabajos de traducción y crítica de la valleinclanista Gambini (*Femeninas*, Perusa, 1996) son dignos de encomio y obedecen a esa pasión que toda filología extranjera debe provocar en el que la profesa e indicativos de los caminos que debería seguir una hispanística bien orientada.

En el caso de Inglaterra, una navegación cibernética por sus bibliotecas no arroja mejores resultados y, por descender al nivel de los sociológico, invito a contrastar, por ejemplo, el catálogo de Penguin dedicado a los Twentieth-Century Classics. Se comprobará que bajo el epígrafe *Spanish Literature* sólo se recogen cuatro obras, tres de Lorca y una de Ayala, frente a las 23 rusas, las 7 japonesas, las 57 francesas y las 19 alemanas.

En Francia, nación de gran afición hispana, la presencia literaria de lo hispano sufre idénticas desventuras. Si descontamos la benemérita Actes Sud arlesiana, las editoriales francesas viven de espaldas, es decir, orientados al norte, a nuestra realidad cultural, excepción hecha de los toros y las tapas. La colección *Mille et une nuit,* con dos centenares de títulos, sólo ha acogido entre ellos a tres autores españoles, ninguno de ellos del 98: una novela ejemplar de Cervantes, el *Oráculo* de Gracián y un relato de Semprún. Exigua representación de nuestra cultura literaria en una colección con pretensiones de divulgación de la literatura mundial. Para los editores de la colección *Pocket* —digna empresa editorial que, en formato de bolsillo, recoge, amén de *best-sellers*, clásicos universales como Dumas, Corneille, Verlaine, Max Weber, Popper, Stuart Mill, Spinoza, Salinger, Scholem, Rushdie— no existe, al parecer, ningún autor español que merezca el interés del público francés, a no ser... Almudena Grandes. El catálogo de 1997 de la colección *Pocket* no recoge sino esa peligrosa *Lulú,* desorientada y un tanto afrancesada. Dígase lo mismo de la colección *Folio,* que en su catálogo del 97 registra seis autores españoles, frente a los ocho japoneses, los diecisiete alemanes, los veintiocho italianos y los innumerables anglófonos. ¿Es que sólo valemos eso? Por lo que se refiere a la época que nos ocupa, en la actualidad, Francia sólo dispone de una traducción machadiana a la venta: la de *Champs de Castille* realizada en 1973 para Gallimard por Sylvie Léger y Bernard Sesé. Azorín, según nos ha presentado Claude de Fraissynet, desde 1918, fecha de la primera aparición de uno de sus títulos, ha cosechado 7 versiones. A pesar de su afición a la novela, el público francés sólo ha recibido a lo largo del siglo 12 títulos de Pío Baroja.

A la inversa, podemos comprobar que cualquier colección de bolsillo española contiene no sólo los nombres fundamentales de la cultura italiana, francesa o alemana recientes, no digamos ya de la inglesa, sino incluso los nombres segundos: desde Verga a Montale

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

pasando por D'Annunzio, Pirandello o Ungaretti; desde Proust a Perec[16] pasando por Aragon, Colette o Artaud; desde Holz a Böll o Grass pasando por Kafka, Brecht, Mann, Roth o Lernet-Holenia, toda la literatura europea, universal o no, está recogida cualitativa y cuantitativamente de manera muy digna en nuestras colecciones. Pues bien, señalado el hecho, cumple explicarlo. O lo que es lo mismo: no nos basta, en cuanto pensadores de la traducción, el planteamiento de los problemas sino también la propuesta de soluciones. También en este ámbito y no sólo en el de los planteamientos teóricos de la actividad.

Si nos preguntamos por este déficit de imagen de nuestro segundo siglo de oro, las causas son múltiples. Sólo menciono brevemente las más importantes, aunque todas ellas serían merecedoras de un estudio más detallado.

En primer lugar el síndrome Lorca. El árbol Lorca no ha dejado ver el bosque noventayochista. La calidad literaria intrínseca y los rasgos biográficos añadidos (víctima de la represión de Franco y anti-autoritario declarado, centro de relación de muchos otras personalidades universales, militancia política de izquierdas, etc.) que porta la figura del "granaíno" han hecho opaco el trasfondo de personas e ideas en el que se mueve. Por cada título vertido de Machado hay una docena de los de Lorca. Incluso dentro de nuestro país, las ediciones y representaciones de Lorca han eclipsado totalmente las de Galdós, Unamuno o Valle-Inclán. Mientras éstas han tenido, en el mejor de los casos, una cadencia quinquenal —ahora se empieza a redescubrir a Machado, el otro—, las de Lorca nos han abrumado. Tuvieron que venir los cantautores para que se recuperaran para la fraseología y la imaginería populares hechos y dichos machadianos. El día en que tanto nuestra cultura oficial como la crítica internacional dejen de ver nuestras literatura y cultura hodiernas a través de *Yerma* o *Bernarda Alba*, podrá emerger esa serie de autores que duermen el sueño de los justos —Azorín, Benavente, Clarín, Ganivet, Maeztu, Costa, Miró, etc.—, no digamos los que yacen en el limbo del olvido, como Jardiel, Muñoz Seca, Mihura o Pemán. Menos mal que los Muñoz Molina, Marías o Mateo Díez van abriendo brecha en ese muro europeo en el que rompe sin éxito la marea hispana.

Segunda causa, las deficiencias de la política cultural. Nuestras autoridades culturales hasta hace poco no han sido conscientes del valor multiplicador que para la imagen de un país puede tener la traducción a través de una política literaria exterior correcta. La voz de nuestro país es la de nuestros escritores. Quizás Javier Marías, con su *bestseller* de seis meses, esté haciendo actualmente por la imagen de España en Alemania mucho más de lo que hicieron las inversiones generosas que unos cuantos políticos de vía estrecha realizaron en la Isla de la Cartuja. Kadaré, Solyenitzin, Böll o García Márquez han hecho por la imagen cultural de sus respectivos países más que las respectivas propagandas culturales oficiales —exposiciones, festivales, etc.— han realizado a favor de la misma. Para que un mundo cultural viaje de la mejor y más barata manera al exterior sólo se precisan los servicios de guía extranjero —el traductor— que, si es lo suficientemente ducho, sabrá servir de introductor ante el público de esa comitiva que viaja con el texto.

Tercer motivo: los resabios perpetuados de la dictadura pasada, tanto en positivo como en negativo, es decir, tanto del anti-franquismo militante que olvidaba a Machado, Manuel, como del franquismo auto-complacido que con pan, toros, copla y fútbol apelaba a la sonrisa fácil y al olvido de la actitud contestataria. La de un Ridruejo, por ejemplo.

[16] En el caso de *La disparition* de Perec, se pone de relieve la audacia de las editoriales españolas y el empeño de los traductores.

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes

Todavía hoy muchos críticos de dentro y fuera siguen proyectando criterios políticos sobre nuestra literatura —Tabucchi sobre García Lorca o Subirats sobre la Generación del 98, por ejemplo— que no añaden nada a la interpretación y la valoración correctas de la misma.

Finalmente, la concepción trasnochada, falsamente cientifista de la filología. Su ejercicio no reportará ninguna utilidad si no contribuye a la mutua intelección de los pueblos a los que sirve. Cada nación tiene en los filólogos extranjeros que en sus países de origen propagan e interpretan la imagen cultural propia el mejor equipo diplomático. Un germanista español deberá ser en España misionero del mejor espíritu alemán, el de Lessing, Herder o Goethe. Un hispanista italiano deberá servir de cauce para que ambas culturas, la propia y la adoptada, se acuerden, se conozcan, se amen. Y a este respecto la traducción es imprescindible vehículo de encuentro, obligación de cualquiera que pretenda cumplir la misión humana de la filología. ¡Cuán alejados están de esta concepción todos esos romanistas extranjeros que hacen de la hispanística un ejercicio malabar de ideas! ¡Qué estériles resultan a menudo esos artículos que, editados en prestigiosas revistas especializadas, acaban en las estanterías de la biblioteca sin que nadie, a no ser el polvo o la carcoma, se ocupe de ellos o, directamente, en forma de separata y con dedicatoria, en el contenedor de papeles! En el conocimiento y desconocimiento del 98 tienen mérito o culpa la comisión u omisión de los hispanistas extranjeros que han relegado la traducción, en cuanto actividad profesional, a un segundo o tercer plano, cuando debería ser la más acuciante tarea que se impusieran. Con un concepto ancilar de la traducción, parecen considerar una prostitución profesional el ejercicio de la misma, lo que motiva que, con frecuencia, los sedicentes traductores profesionales achaquen a los académicos de intrusismo profesional. La traducción es por encima de todo un acto de amor al texto y de conocimiento del contexto del autor y en cuanto tal no puede someterse a las convencionalismos sociales.

Permítanme que acabe mencionado a D. Miguel, que en este contexto no puede ser otro que Unamuno. Cuando, a finales de 1906, *El Imparcial* le invitaba a resumir la cultura de ese año, escribió: : "La labor [cultural] se está haciendo en España, no por las obras y trabajos de que en los cotarros literarios y científicos se habla y discute, sino por el aluvión manso y continuo de traducciones" .[17]¿Qué hacemos para dar cuenta a los otros o para que otros se den cuenta de lo que hacemos y lo que somos? Tolerable es que una francesa septentrional llegada al *Midi* francés piense que la *paëlla* es un plato típico provenzal o que en un museo austriaco Berruguete figure como pintor florentino. Pero no debería tolerarse el que una biblioteca de rango europeo no contenga ningún testimonio de la actividad literaria de Valle-Inclán o que una colección "universal" alemana no tome nota de quién es y qué escribió Antonio Machado.

En otro pasaje de los ensayos de Unamuno nos encontramos de nuevo con la traducción: "¿Es que la personalidad se transmite? He aquí toda la base de la traducción y de la tradición. Que es la base misma de la herencia espiritual".[18] Que ese "orvallo lento y tenaz de traducciones" del que hablaba Unamuno impregne esta Europa unida en la que pretendemos entendernos y nos transmita nuestras respectivas personalidades. Porque, en definitiva, la traducción es, por encima de todo, una cuestión de comunicación.

[17] En *Nuevos Ensayos*, vol. III de las *Obras Completas*, p. 1.110, Escelicer, 1966.
[18] *Meditaciones y Ensayos Espirituales*, en *Obras Completas*, v. VIII, p. 927.

La traducción en torno al 98. VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. Consideraciones socio-...
Centro Virtual Cervantes